

LA VISION DE UNA REINA

I

Mediaba ya la noche y en el campamento de los Reyes Católicos, que tendía sus pabellones a las puertas de Málaga, sobre una loma, dominando el hermoso y fértil valle, todo era silencio. Las sombras envolvían en sus oscuros pliegues al mundo aquel de hombres de armas, con sus caballerías, equipos y enseres propios de la época. Bajo un cielo diáfano, salpicado por las diamantinas lágrimas centelleantes de la noche, y acariciados por la fresca brisa marina perfumada con las suaves esencias de la naturaleza, reposaban de las azarosas fatigas. Sólo una preocupación tenían aquellas huestes aguerridas y era la de arrancar de manos de los moros a Málaga para agregar una joya más a la corona de España, que poco a poco iba recuperando las que en manos extrañas habían estado tanto tiempo enajenadas.

De en medio del conjunto de las otras tiendas de la corte y nobleza guerrera, que la rodeaban en semicírculo, destacábase la de los reyes, ostentando al tope el santo y glorioso pabellón de Castilla.

A pasos lentos y rítmicos circulaban algunas sombras humanas, únicos seres que daban señales de vida a tan altas horas: eran los centinelas, alertas y avizores, que velaban en el cumplimiento de su deber, oteando cualquier peligro que pudiera presentarse por sorpresa en daño de los monarcas y ejércitos españoles. De pronto, uno de ellos, que no era un soldado raso sino un hidalgo doncel, imberbe, pero valeroso y apuesto, distinguió la silueta de una mujer que, desprendiéndose de la tienda real, envuelta en obscura capa, avanzaba con firme paso hacia un espacio abierto de la loma no ocupado por el campamento.

Sentía el joven soldado una devoción admirable por

la reina y gustaba de cuidarla, solicitando siempre le fuera concedido el honor de velar por ella. Pero desde la memorable noche en que un fanático enemigo se introdujo en el campamento con la intención de asesinar a Fernando e Isabel, frustrándose el atentado por haber tomado uno de los lujosos pabellones de la nobleza por la tienda real, montaba de noche la guardia cerca de donde descansaba la persona más sagrada para él en el mundo.

Ante aquella mujer que no había visto entrar y aparecía tan de improviso allí, acudió a su mente el temor de una nueva intentona morisca contra los reyes y, sobre todo, contra doña Isabel, alma, corazón y cerebro del reino, nacida para los más altos destinos. Pero imposible, porque la vigilancia era más estricta que nunca y, además, se dijo, ¿para qué estaba él? Avanzó audaz, decidido a romper la incógnita, y al reconocer aquella figura, su sorpresa fue indescriptible.

—La reina!—modularon sus labios en un susurro que él sólo oyó.—¿Qué es esto? ¿Cuando todos duermen! ¿Será juguete de alguna celada enemiga?

Viéndola seguir adelante, cual si un poder superior a ella la impulsara, reflexionó mentalmente:

—Velaré por su seguridad personal; mi brazo sabrá defenderla, si hay peligro; pero que no me sienta para no perturbarla ni impedir sus pasos. Ella labora en todo momento por la grandeza y gloria de Castilla.

En verdad, todo el mundo dormía en sus pabellones, menos Isabel, que habíase sentido aquella noche presa de una extraña inquietud, sin poder conciliar el sueño, como si la atmósfera de la alcoba real la ahogara. Al fin abandonó el lecho y sentóse en un sitial junto a la entrada de su tienda, donde después de algún tiempo se adormeció. En medio de este sopor una voz misteriosa la llamó por su nombre:

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Escucha! El destino te ha seña-

lado para una misión excelsa, confiando en que sabrás estar a la altura de ella. No desoigas el llamado, no retrocedas ante nada, no te acobardes ni desconfíes, no te dejes descarriar por consejos adversos. España y tú seréis los gestadores del portento de los siglos. No vaciles, Isabel; si tu alma es ahora grande y varonil, más grande y varonil se forjará aún en la prueba hasta que ella sea la representación sublime del alma castellana. Recuerda que España está detrás de ti y lo que es capaz de realizar este pueblo de hidalgos y valientes no lo han visto ni lo verán más los hombres.

Doña Isabel se incorporó sobresaltada, miró en rededor y vió que todo estaba lo mismo. Silencio y oscuridad la rodeaban, sólo los pasos de sus guardias turbaban allí fuera la quietud. Pero ella no se equivocaba. Una voz la había hablado sentenciosamente; no era una voz humana, su dueño no estaba visible; pero existía en su sér, en su sangre, en el secreto del destino. Dominada por la emoción, buscando lo imposible, algún signo de aquella revelación, salió por un impulso casi inconsciente a respirar a pleno campo.

Si en aquel momento la luz del día la hubiera iluminado y por magia un pintor genial pudiese haberla sorprendido, tendría la posteridad su imagen en un estado de alma en que no nos ha sido dado verla. Todos sabemos que era de mediana estatura, bien formada, de porte gracioso y lleno de dignidad, rostro dulce y grave a la vez, blanca la tez, rubios los cabellos con reflejos de oro y rojo, claros y límpidos los ojos azules, expresión inteligente, suave y serena, de maravillosa firmeza y singular modestia e indomable espíritu. Pero ahora estaba transfigurada por una inspiración única. Se había impreso en ella el sello de lo sublime, del sér que está destinado a una obra casi sobrenatural. La palidez de su rostro hablaba de la emoción interna, de la agitación de su espíritu, de lo atrevido que se forjaba en su

mente, del vuelo que su imaginación había tomado. Sus ojos eran dos astros por el fulgor que despedían, su expresión de arrobamiento, su majestad divina no terrestre, su actitud magnífica. Allí, de pie, perfilándose su figura en toda su grandeza, tendió su brazo derecho con un gesto soberano, en un instante de solemne inspiración, elevó su mirada al cielo y juró, tomando por testigos a las estrellas, a la mar y a la naturaleza que la rodeaban:

—¡Por España, con la ayuda de Dios, haré aquello que a la mente de los hombres pueda parecer una locura! A donde nadie ha llegado, llegaré yo con mi estandarte de Castilla. ¡España una y el mundo para ella!

Y cayó de rodillas, pidiendo al Todopoderoso, con todo el fervor de su alma creyente, que le diera fuerzas para realizar lo que de una manera tan misteriosa se le anunciaba.

Despuntó el alba y envió a la tierra sus primeras caricias. Doña Isabel volvió de su arrobamiento y vió a cierta distancia una estatua de carne y hueso que velaba por ella y había presenciado toda aquella escena sin comprenderla. Le hizo una leve seña y el gallardo doncel corrió hacia su reina y doblando una rodilla en tierra, besó su mano con devoción de poético adorador. Ella suavemente lo levantó y con dulzura le habló así:

—¿Me cuidabas como siempre, mi valiente Rodrigo? (1) Eres leal y bueno; tu afecto es un tesoro.

—¡Señora! ¡Mi reina! Soy vuestro más devoto ser-

(1) Entre mil papeles y legajos amarillentos que encontré en un viejo castillo histórico de Salamanca, cuyo archivo registré con curiosidad, descubrí esta relación del episodio que acabo de referir. Para mayor amenidad del lector, lo he exornado de alguna fantasía; pero sin privarle de su esencia. Grandes esfuerzos hice para conocer el apellido del autor, pero todo fue en vano. Modestamente ha dejado a la posteridad sólo su nombre patrimonico.

vidor. Mi vida es vuestra; disponed de ella para lo que queráis—y la emoción ahogó todo cuanto sus labios querían expresar.

Y en premio de su devoción, tan pura y generosa, la reina depositó en él esta preciosa confidencia, que, de otra manera, hubiera quedado ignorada del mundo.

II.

El poder enemigo había sido al fin abatido después de siglos de lucha tenaz, y sobre la Alhambra flameaba ya el glorioso estandarte de España, izado en el momento de hacer su entrada solemne y brillante la procesión de los soberanos conquistadores con su magnífico séquito de la flor de los caballeros españoles y la valerosa tropa, mientras el débil Boabdil con los suyos partía, destrozado el corazón, hacia tierras africanas. Con magnificencia y júbilo alborozado festejábase el grandioso acontecimiento, considerado no sólo como un glorioso triunfo de las armas hispanas, sino también como una victoria del cristianismo sobre la media luna.

Cuanto de grande, noble y romántico tenía España rodeaba la corte en esos momentos. Los más ilustres guerreros, prelados, aristócratas, bardos y trovadores formaban pintoresca y lucida compañía a Isabel y Fernando. Músicas y cantos, danzas e himnos de acción de gracias, fiestas religiosas y profanas se sucedían y la voz general aclamaba a los reyes como enviados del cielo para bendición de la nación defensora de la fe.

En medio de aquellos regocijos y espléndidas horas de triunfo y compensación a centurias de combate rudo y trágico por el solar patrio, apareció la figura de un marino pobre y desconocido, apellidado Cristóbal Colón, que, según se decía, anidaba en su mente desde hacía años una fantástica quimera. Hablaba aquel hombre de encontrar un camino a la India a través del Océano, navegando hacia el oeste de las costas de Portugal,

como si la tierra en vez de ser plana, dada la creencia general de entonces, fuera redonda, y llegar hasta el vasto imperio del Gran Kan y la isla de Cipango.

Venía del convento de la Rábida, esa santa morada donde se inició la gestación del descubrimiento del Nuevo Mundo. Bajo el amparo de Fray Juan Pérez de Marchena, y contando con el apoyo de doña Beatriz de Bobadilla, dama favorita de la reina y de altas dotes intelectuales, había emprendido Colón el viaje a Granada, respondiendo al llamado de doña Isabel, que quería verle.

El momento de presentarse ante los soberanos, su corte y los consejeros designados para estudiar y opinar sobre el proyecto loco había llegado y Colón se vio al fin con esa realidad tan soñada de que le escucharan aquellos grandes que podían hacer factible su ilusión.

Solemne fue el instante; sobre la cámara regia parecía sentirse el peso de la historia, como si algo advirtiera que de la decisión de esa hora dependía la gloria inmortal de España.

Habló Colón, escucharon los demás y así que la idea fue penetrando los cerebros de aquella asamblea, surgió en unos el escepticismo y la duda, y en otros la confianza y el optimismo; vino luego la discusión entre las dos partes y el proyecto vióse rebatido y defendido, según el pensar de cada uno de los presentes. Don Fernando permanecía ante el plan del visionario en actitud serena e indiferente, mas no doña Isabel, cuyo temperamento cálido, entusiasta y generoso se prestaba a acoger cuanto para ella representaba honor y beneficio para España; ella escuchaba benevolente y reflexiva.

Por su iniciativa se abrieron las negociaciones y entonces el desconocido reveló toda la codicia que se escondía bajo su humilde apariencia. La exageración ilimitada de sus pretensiones produjo natural indignación

entre los oyentes y en especial en los que estaban llamados a aconsejar a los soberanos. Pero había que tomar una decisión y al fin el consejo de los más influyentes optó por ofrecerle condiciones menos onerosas para la nación, aunque siempre honorables y ventajosas para el navegante.

Cristóbal Colón las rechazó de plano; sólo quería las impuestas por él. En su afán de poderío y riquezas jugó el todo por el todo. Nunca entró en sus sueños el descubrimiento de un Nuevo Mundo, del cual entrevió sólo los portales sin llegar jamás a comprender que daban acceso a un continente virgen de grandeza y tesoros no imaginados. El buscaba a través de una ruta ignota las fabulosas riquezas y tierras del imperio chino, cuyas llaves quería para sí y sus descendientes. El oro y las especias eran su imán.

Decepcionado ante el fracaso de sus ambiciosas ilusiones, abandonó la corte y partió en dirección a Córdoba, ciudad de sus amores, con la madre de Fernando, su hijo predilecto. Dirigía sus pasos ahora a Francia con la intención de renovar sus esfuerzos para obtener los medios conducentes a la realización de su empresa.

Pero si él partió, la idea sembrada no murió y la discusión en pro o en contra de ella continuó agitando los ánimos. Al fin pareció prevalecer la prudente actitud de don Fernando, que creía imposible acceder a exigencias de tal magnitud cuando apenas el reino acababa de salir de una guerra tan costosa y larga y el tesoro estaba agotado. El golpe de gracia había sido dado; nada quedaba por hacer y el pensamiento de la corte se orientaba ya en otras direcciones.

Sin embargo, un alma grande, donde ardía el fuego sagrado, velaba por España. Doña Isabel, después de haber escuchado a doña Beatriz y a Santángel, tesorero del reino de Aragón, quiso estar sola, y una vez libre de todas las miradas, reconcentróse en sí misma.

Sintió entonces que una llama divina iba paulatinamente iluminándola por entero; le pareció hallarse de pronto rodeada por la obscuridad de una límpida noche estrellada, allá en el valle de Málaga, y la voz de su conciencia la reprochó:

—¡Isabel! ¿Has olvidado tu juramento? ¿Por qué vacilas? Esta fue la revelación que tu genio protector te anunció años ha. Cumple con lo que el destino te señala; saca del seno de las tinieblas que lo envuelven un mundo desconocido y planta en él los jalones del cristianismo y civilización hispana. Ensancha el globo y lleva al otro lado de los mares el verbo sublime de Castilla para asombro de los siglos. Corona a España de una gloria inmortal y une para siempre tu nombre a ella. ¡Por España y Castilla avanza sin miedo y llena tu misión!

Calló la voz, y como si se hubiera rasgado un velo que hasta ese momento le impediera ver, sus ojos miraron azorados allende el Océano, la visión más grandiosa que a sér humano le haya sido dado contemplar hasta entonces. Creyó vislumbrar tierras sin límites, de suprema belleza, y millones de seres bronceados y extraños que esperaban la venida de un nuevo Mesías trayéndoles luz, mucha luz. Y sin más vacilación convocó a su corte y consejeros.

De pie, al lado de don Fernando, sentado en el trono, la asamblea de notables a su alrededor, profundamente impresionada por su majestuosa actitud, anunció con voz resuelta:

—En nombre de Castilla, y para la mayor gloria de España, yo tomo la empresa de Colón a cargo de mi corona. Si las arcas están vacías, empeñaré mis joyas para realizarla. No permitiré que nadie usurpe a España el honor y grandeza que esta obra significa.

Buscó con la mirada entre sus guardias nobles a su leal y devoto servidor Rodrigo, único testigo y confidente de aquella noche de revelación, y le dijo:

—Corred en pos del navegante Colón en el mejor caballo del reino y traédmelo. Persuadidlo, prometedle todo lo que pidió; pero no volváis sin él. En vos confío para que mi juramento de aquella noche se cumpla. En buenas manos pongo mi confianza.

El doncel de años atrás, convertido ahora en real mozo y conservando siempre su devota admiración por la reina, avanzó reverente e inclinándose ante ella, murmuró:

—¡Señora, seréis obedecida!

Instantes después volaba en un veloz caballo árabe hacia Córdoba, para traer a su soberana al visionario que marchaba ya en ruta al extranjero. Al pie de la sierra Elvira lo alcanzó y con tal elocuencia le pintó lo sucedido, que Colón, plenamente convencido, regresó lleno de confianza en la palabra de Isabel a empezar los preparativos iniciales del hecho magno llamado a cambiar la faz del mundo.

América iba a nacer a la vida cristiana y civilizada por obra y gracia de la mente y corazón de una mujer sin igual en la historia, por la visión clara de esta reina castellana, excelsa representante del alma de la raza que más tarde irrumpió por el continente dominando todos los obstáculos y peligros por grandes que fueran con su indomable valor, su incansable energía y su genio de águila, dejando por doquier el surco eterno e imborrable de su obra titánica.

MARÍA LUISA SOLANO
Argentina.

Nueva York, 1925.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico